LA NOCHE DE LOS MORALES: MANUELA.

Por Gregorio Ramírez

De todos los días de la semana, tuvo que ser aquel miércoles oscuro del 6 de febrero. En aquellas circunstancias, Hubiera dado lo mismo que fuera un día luminoso y radiante; pero es que, además, era un día plomizo y brumoso como los páramos de Escocia por esas fechas. Para Manuela, el mes de febrero le traía siempre muy malos recuerdos y ese número 6 le producía verdadero terror. Todos sus allegados sabían el misterio de aquel miedo que nadie se atreve a revelar delante de ella. Sin embargo, aquella mañana del 6 de febrero, la veleta de los vientos pareció dar un inesperado giro y ponerse a favor de Manuela. Llevaba más de tres meses esperando la llamada del hospital para la operación de cataratas de su padre. Él vivía con ella, pues sus dos hermanos residían fuera de Córdoba y sólo ella era la encargada de atenderle y sufrir casi la ceguera irremediable de su progenitor, por lo que la llamada para la operación del padre le llenó de alegría.

Por fin este miércoles, 6 parece que trae buenas noticias, se dijo, no sin antes, santiguarse y cerrar los ojos recordando aquella noche de hacía cuatro años.

Desde el hospital le habían informado dos días antes sobre la hora aproximada de la operación: las once de la mañana, debiendo estar en el hospital tres horas antes. El preoperatorio estaba todo conforme al protocolo. Todo iba a salir bien. Sobre las cuatro de la tarde estaría en casa. Miel sobre hojuelas, pensó para sí.

A las siete y media de la mañana Manuela y José, su padre, cogían un taxi en la puerta de casa camino del Hospital los Morales. Al salir a la puerta notaron el frio seco de aquella mañana gris de febrero, pero cuando el taxi tomó la dirección de la Carretera del Brillante, a Manuela se le heló hasta el pensamiento. Quería sobreponerse, pero ni los dientes le obedecían y le temblaban en la boca. El taxista notó los temblores y le preguntó si subía la calefacción a lo que ella respondió que no era nada de cuidado.

El coche subía rápido hacia el Cerrillo para tomar luego la carretera del Sanatorio los Morales. Aún era de noche. Manuela sufría en silencio y no sabía cómo calmar el escalofrío que le producía aquella carretera, vigilada por viejas encinas negras como gigantes amenazantes dispuestas a mostrar sus fauces a quien ose quebrantar su espacio.

Al pasar el Kilómetro 6 de esa carretera, Manuela sintió quebrarse por dentro, justo cuando el taxista avisaba de la pronta llegada al hospital Los Morales. El edificio tenía aspecto un tanto sombrío, pese a tener sus viejas paredes pintadas de blanco. A estas horas de la mañana, el antiguo hospital de tuberculosos, parecía un enorme caserón dormido destapándose del manto negro de la sierra. El sol es posible que ni intente iluminar durante el día el grandote edificio de los años cincuenta. Hoy día, sólo tiene actividad hospitalaria diurna pues se dedica a consultas y cirugías menores ambulatorias, que no necesitan hospitalización de los pacientes, salvo casos especiales. Manuela se mordía los labios mientras ayudaba a su padre a bajar del taxi. Quería sobreponerse a aquel lugar de siniestros recuerdos y poco a poco camina, junto a su padre hacia el área de recepción de enfermos.

Un celador les orienta sobre la zona indicada según consta en el parte de ingreso. Suben en el ascensor hasta la tercera planta, el área quirúrgica para la intervención de cataratas.

Una enfermera explica a Manuela que el padre estará durante dos horas aproximadas recibiendo periódicamente unos colirios de dilatación de la pupila, preparatorios para la intervención posterior. Luego, pasado ese tiempo, le conducirán hasta el quirófano y la intervención, si todo está bien, durará una media hora aproximadamente. Manuela, más tranquila, se sienta en la sala de espera donde hay más personas esperando consulta. Un matrimonio comenta el frío de aquella mañana, aunque ya -dice el marido- habiendo pasado la Candelaria y San Blas el tiempo mejorará. Otra mujer charla con el marido lo bien que ha hecho con operarse los juanetes con tal doctor. Un señor de unos sesenta y tantos con sombrero, cuenta que ya se operó de cataratas y está encantado. Hoy sólo viene a la revisión. Luego comenta con cierta guasa que en el centro hay residentes que no necesitan operación porque están idos de remate. Los ojos de los presentes le miran un tanto sorprendidos y explica que hay internos leves del psiquiátrico de Alcolea que residen allí, pero que están en otra ala, aunque de noche, a algunos, les dejan deambular más libremente por el centro. Manuela escucha y calla. Sólo piensa en que a las cuatro de la tarde más o menos estará en su casa.

Los nervios que le comen por dentro no son por la operación del padre, sino porque allí, en la planta segunda de ese hospital, hacía cuatro años, un miércoles de febrero moría su marido, tras ser atropellado en el kilómetro 6 de la carretera del Sanatorio Los Morales.

Para Manuela todo aquel ambiente, ese olor a limpio de hospital, ese suelo rojizo de limpio terrazo, esas puertas y ventanas por donde entra la tibia luz de febrero, todas aquellas escenografías sólo le traían olor a muerte y desgracia. Estaba a punto de gritar, cuando una de las señoras le pregunta si se encontraba bien. Manuela responde que el frío la trastorna un poco y que estaba preocupada por el padre que es muy mayor. Pese a estar ausente de las conversaciones de la sala de espera, el murmullo de la charla le alivia sus tristes recuerdos.

Van pasando las horas. La sala de espera cada vez queda más vacía y Manuela, impaciente, pide a un celador que pregunte por qué la operación de su padre, José Fuentes, tarda más de lo previsto. Al rato, la enfermera de antes, le comenta que el padre está bien, pero que ha habido una pequeña complicación y debe quedar sin moverse unas horas antes de salir. Manuela pregunta si puede verlo y le responden que luego, cuando llegue a la habitación. Manuela baja hasta la entrada del edificio, que es una gran explanada a respirar aire fresco y a tomar algo en la cafería. Mucha gente mayor anda de un lado a otro, los coches aparcados abandonan el recinto y la sierra agreste y oscura, a estas horas de la tarde,

ya parece engullir al viejo hospital de tuberculosos. Los ruidos diurnos poco a poco van desapareciendo y Manuela, en la habitación con su padre, cuenta los minutos y segundos y hasta las gotas lentas del gotero que caen al brazo de José. La luz del día corre más por esconderse que el líquido de aquel gotero infinito. Al abrir la enfermera, la puerta de la habitación a Manuela se le abre mentalmente la carretera de vuelta a casa. Tras la enfermera entra el cirujano que ha operado a José y explica a Manuela, que el estado general de su padre, siendo satisfactorio, debido a la edad y una complicación en la córnea, hace aconsejable no moverle y permanecer aquella noche en el hospital. La luz del día ha desaparecido al igual que la esperanza de Manuela de irse a casa. En el recinto hospitalario llegan juntos el silencio y la oscuridad que poco a poco se van adueñado del lugar. Debe de haber muy pocos enfermos hospitalizados. En la cabeza de Manuela se entrecruzan mil caminos y mil imágenes que quisiera extirpar de la mente y ahora, debe hacer frente a la realidad de pasar la noche en aquel lugar de tan tristes recuerdos.

El móvil está sin batería y no puede llamar a casa para comunicar que pasa la noche en el hospital. No ve a nadie. Recuerda una cabina de teléfonos a final del pasillo en la planta baja. Con la sola visión de las luces de emergencia baja las escaleras hasta la planta baja.

Nunca pensó Manuela que pudiera sentir tanto pánico deambular por aquellas galerías, llenas de encadenados recuerdos de dolor y muerte. En la penumbra de aquella noche, cualquier ruido o sombra se convierte en espectrales figuras que la acechan.

De pronto un sudor frío le recorre el cuerpo y el pulso del corazón le ahoga el pecho. Lo que sus ojos están viendo no son monstruos de su imaginación ni sombras del miedo, sino la silueta móvil de un hombre que en aquella oscuridad camina hacia ella con actitud amenazante.

Algún demente que anda suelto, le dice la razón. El espíritu de su esposo que viene a consolarla, le responde el corazón atormentado. Antes de derrumbarse y perder el conocimiento, siente sobre su hombro la larga mano de aquella silueta. Al volver en sí, ante sus ojos tiene al guardia de seguridad del hospital. Poco a poco se recupera del síncope y con el móvil del vigilante hace la llamada a casa, la tranquiliza y la devuelve a la habitación. En aquella habitación pasará la noche junto a su padre acompañada por cuantos fantasmas su mente no para de evocar.